

¿ATRAPADOS SIN SALIDA? EL COMPROMISO SELECTIVO COMO ALTERNATIVA DE POLÍTICA EXTERIOR PARA UN PAÍS PERIFÉRICO

JUAN BATTLEME¹

Universidad Austral. Universidad del CEMA

Recibido: 27/07/2022

Aceptado: 18/08/2022

Resumen

En el inicio de la actual administración Fernández se reactualizó el debate acerca del rumbo que debería seguir la política exterior de la República Argentina. El presente artículo presenta las cuatro opciones existentes (aquiescencia, equidistancia, oposición y compromiso selectivo) y, a la luz de la transición y de la transformación que acontece en el escenario internacional, explica las razones por la cual el compromiso selectivo permite avanzar de manera proactiva en ambos contextos, los cuales se presentan como condicionantes para la política exterior del país.

Palabras clave: política exterior argentina, compromiso selectivo, equidistancia.

1 Licenciado en Ciencia Política (UBA). Máster en Relaciones Internacionales (FLACSO). Máster en Ciencias del Estado (UCEMA). Ha sido becario de Chevening y también de Fulbright. Se desempeña como profesor de Teoría de las Relaciones Internacionales en la Universidad Austral, en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad del CEMA. También es profesor de la Escuela de Guerra Aérea y Guerra Naval y director académico del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI).
Correo electrónico: jbattleme@hotmail.com / ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5750-2728>.

Selective Engagement Strategy as Foreign Policy Alternative for a Peripheral Country

Abstract

At the beginning of Fernandez's Administration, a new ground for a debate was raised about the best foreign policy option for the new government. Four alternatives are presented (acquiescence, equidistance, soft/hard balancing, and selective engagement). The following paper presents selective engagement as the best way to navigate the current international juncture considering transition and transformation as the main challenges to our foreign policy.

Key words: Argentina's foreign policy, selective engagement, equidistance.

1. Política exterior y contexto internacional

Santiago Cafiero, canciller de la República Argentina, en una entrevista realizada al diario *Perfil* señaló: “(...) si se ideologiza la política exterior, lo único que se van a anunciar son fracasos (...)” (Fontevicchia, 2021, párr. 63). Esa expresión enmarca un consenso relativamente generalizado: en los asuntos vinculados con la dimensión internacional, “conviene” llevar a cabo una ejecución pragmática de las acciones a partir de parámetros establecidos por una determinada administración. En teoría, los liderazgos políticos intentan ajustarse a esa mirada. El pragmatismo, en el mejor de los casos, permite obtener dividendos políticos y, en el peor, evita costos innecesarios.

La forma de presentar determinadas acciones de la política exterior en el plano internacional es mediante el “interés nacional”, definiéndolo de la forma más amplia posible de manera tal de poder adaptarlos según las circunstancias y los tiempos políticos presentes. Bien se sabe que el establecimiento de los intereses nacionales y la capacidad de poder realizar una efectiva implementación de estos dependerán de múltiples factores asociados con su ejecución. La habilidad para hacerlo, y la “mirada” que se tenga del mundo, es importante en la definición de estos, así como en las herramientas elegidas para hacerlos efectivos.

Tradicionalmente se define el interés nacional en términos de poder. Por lo tanto, la política exterior tiene como función primaria contribuir a la conservación del poder y, eventualmente, aprovechar las circunstancias para expandirlo. Además, nutre y se nutre de las capacidades materiales, las ideas y los valores existentes en una sociedad. Es por ello que al analizarla consideramos cuatro cuestiones: 1) opciones o cursos de acción posible; 2) agenda; 3) actores e intereses; y 4) recursos y objetivos establecidos. Cuán amplios o limitados sean los objetivos trazados en la política exterior dependerá de dos factores: primero, de los recursos materiales e intangibles disponibles con los que cuenta un país; segundo, del tipo de régimen que estructura su vida política como nación. Si miramos la política exterior de una democracia, existe una discrecionalidad atenuada en la consecución y establecimiento de los objetivos que una u otra administración se proponga. Por el contrario, existe una discrecionalidad de mayor proporción si se trata de una autocracia o algún otro tipo de régimen autoritario. Base material y tipo de régimen se combinan en la elección de una política exterior.

La administración gubernamental que —circunstancialmente— comanda la política exterior se encarga de priorizar, confrontar y elegir qué camino seguir, qué intereses privilegiar y qué actores se beneficiarán o se perjudicarán. Las burocracias que están vinculadas al plano externo cumplen roles en su implementación y pueden —eventualmente— hacer descarrilar una política como resultante de la propia competencia entre agencias, su ineptitud o falta de interés en aquello que se quiere alcanzar.

Las resistencias domésticas cuentan, aunque dependerán de la capacidad del liderazgo político de maniobrar sobre y a pesar de ellas. Lo descripto anteriormente forma parte de las limitaciones internas que deben ser consideradas al momento de pensar y/o explicar la formación y la resultante de la política exterior.

Este factor no opera autónomamente, ya que existen dos condicionantes externos. El primero es una transición internacional que se caracteriza por una creciente bipolaridad sino-norteamericana, atenuada por una combinación de grandes poderes y poderes regionales con armas nucleares y suficiente peso económico para incidir tanto a nivel del sistema como en los regionales. Estos actores tienen un peso puntual en determinadas agendas, forman parte del entramado de conexiones occidentales en las que prima la interdependencia y articulan posiciones en temas de interés común. Japón, Canadá, Australia, India, Francia, Inglaterra, Alemania, Israel y Corea del Sur, consideradas democracias liberales enmarcadas en un sistema de mercado transnacional, son parte de esa red de seguridad común interconectada y de interdependencia que muestra su peso regional y global.

Rusia es un poder regional, pero forma parte de un sistema de alianza contrapuesto. El proceso que caracteriza la actual configuración polar es uno de competencia, rivalidad y acortamiento de los espacios cooperativos. Como consecuencia, el dilema de seguridad aparece en el horizonte de relacionamiento internacional con mayor intensidad, crece la entropía y surgen visiones relacionadas con el “ascenso de los demás” o, desde una mirada liberal constructivista, el “ascenso de los otros” o las identidades contrapuestas con sus tensiones consecuentes (Fukuyama, 2018; Schweller, 2014; Russell Mead, 2014; Zakaria, 2008).

Esa primera condición estructural presenta dos coyunturas superpuestas. La primera es la todavía persistente crisis de salud global del COVID-19, que llevó a un desgaste del orden multilateral global, provocó restricciones políticas y la terminación de la etapa considerada como de hiperglobalización, caracterizada por flujos de personas con consecuencias que se extienden hasta la actualidad. En simultáneo, dio origen a la llamada “diplomacia de las vacunas” y a pedidos —sistemáticamente bloqueados por China— para investigar las causas del origen de la pandemia (Battaleme, 16 de abril 2020). Esta situación aceleró la transformación tecnológica y aumentó las presiones en el campo de la seguridad internacional con visiones mixtas sobre el futuro (Posen, 2020). Esta situación fue desfavorable para la Argentina y su economía, y un desafío para la coalición gobernante del que no salió indemne.

La segunda coyuntura la generó la invasión de Rusia a Ucrania y la consecuente crisis geopolítica entre Estados Unidos y la OTAN contra Rusia, que actualmente se extiende hasta China, como consecuencia de la nueva estrategia de esta organización, e incluye a Irán.

Devenida en una guerra de desgaste con consecuencias e impactos que eventualmente pueden terminar en una recesión económica global e inestabilidades políticas varias como resultado del alza de los precios de los alimentos y de la energía, representó un cambio en la tendencia, brindando oportunidades para la Argentina. En tanto proveedora de alimentos y también por sus reservas de energía, fue invitada a participar en aquellos foros donde líderes del mundo percibían que el país podía contribuir a mermar la emergencia, como fue reflejado en las giras presidenciales al G-7, a la Cumbre de las Américas y las visitas a Europa y Estados Unidos.

Sin embargo, la situación doméstica previene que dichas circunstancias puedan ser explotadas de manera adecuada por tres razones bien conocidas: 1) el grado de restricciones

internas al comercio exterior de alimentos; 2) la falta de infraestructura e inversiones que tiene para extraer y exportar la energía de su suelo, ya que la voluntad de invertir capital en el país por la volatilidad e incertidumbre política tiende a ser baja; y 3) la dinámica establecida por una coalición gobernante débil, con múltiples internas, limitados por los problemas de la deuda externa e interna y con ideologías divergentes sobre cómo funciona el mundo.

En general, se reconoce que la situación de transición y potencial bipolaridad como sistema estructurante del orden internacional permanece elusiva, y si bien hay síntomas de “guerra fría”, Argentina corre el riesgo de caer nuevamente en una situación estructural que podríamos identificar como la “trampa de la elección”, a medida que la competencia sino-americana se torna cada vez más rígida e intensa.

La segunda condición es la que resulta de la transformación digital. Esta afecta todos los planos del quehacer humano, repercutiendo en el futuro de la seguridad internacional y el bienestar económico, estableciendo las condiciones de la próxima hegemonía. Ian Bremmer, en su artículo “The Technopolar World” (2021), presenta una división del mundo en tres grupos que compiten entre sí generando tensiones internacionales. Los “tecnoglobalistas” defienden una mirada del mundo a partir de la integración tecnológica, el armado de redes “horizontales y verticales” (Slaughter, 2016) y la disminución de fronteras que posibilitan las empresas globales tecnológicas. Estos son los actuales defensores de la globalización. Un segundo grupo, los llamados “campeones nacionales”, enfatizan el partenariatado con el sector privado, la protección de la seguridad nacional y la ayuda y asistencia a la competencia en áreas consideradas estratégicas para el desarrollo nacional. Ven en la expansión del mundo digital una oportunidad para la lucha por el poder internacional. Finalmente, los “tecnoutópicos” aspiran a que la revolución tecnológica produzca en el mundo cambios que alteren la realidad presente en una dirección positiva y de abundancia.

La política exterior de la Argentina parece orientarse hacia el segundo grupo, aunque parte de su fortaleza se encuentra en empresas que han logrado desarrollarse como pares entre aquellos del primero.

Si bien no existe un consenso que defina si enfrentamos mayores vulnerabilidades que beneficios, su existencia obliga a los Estados y al conjunto de la sociedad civil a ajustar sus estrategias con relación a los impactos que tendrán todas aquellas tecnologías conocidas como de “empoderamiento masivo”: la inteligencia artificial, los anchos de banda (5G), la biología digital y la exposición a volúmenes masivos de datos, entre otras. Las vulnerabilidades que crea la cuarta revolución industrial implican ventajas que crean ganadores y perdedores claros.

La política exterior debe entenderse entonces como el proceso de interacción entre las condiciones estructurales, la coyuntura y las necesidades domésticas, siguiendo un formato de referencia común a todas las naciones: los intereses vitales y los deseables, los cuales —en tanto objetivo de consecución— son sus indicadores de éxito o fracaso en el plano internacional.

Al fin y al cabo, la política exterior es acerca de las oportunidades que se presentan y cómo se aprovechan, considerando que los contextos la posibilitan y también la condicionan.

En este sentido, existe un debate actual en relación con el presente y futuro de la política exterior de la Argentina. A su interior se verifican cuatro posiciones: la equidistancia y sus variaciones, la oposición/resistencia, la aquiescencia y lo que llamaremos “compromiso selectivo” a partir de la conceptualización de Robert J. Art (1998-1999) en su artículo “Geopolitics Updated: The Strategy of Selective Engagement”.

Todas estas opciones son válidas para un país periférico, sin embargo, esta última es la que mejor permite navegar la transición y la transformación tecnológica. Una vez presentadas las alternativas contendientes, exploraremos el compromiso selectivo como una alternativa viable y mejor frente a las opciones contendientes, concluyendo el presente artículo con una reflexión sobre la posibilidad de su implementación y el lugar que el compromiso selectivo tiene en el debate.

2. Aquiescencia, equidistancia y resistencia como opciones de política exterior para un país periférico

El rango de ejecución de la política exterior que poseen los países varía en función del poder que tienen y de la capacidad de incidir en la estructura regional e internacional. Es directamente proporcional a los recursos materiales de poder que poseen y, eventualmente, a la influencia que pueden ejercer. La diferencia con los grandes poderes es que la posición estructural de estos les permite disponer de opciones asociadas a la búsqueda de hegemonía, situación vedada para los países periféricos. Carlos Escudé (2012) es quien mejor define la condición periférica de determinados países. Ser periférico implica: a) no ser miembro del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas; b) no ser superpotencia económica como Japón o Alemania; c) ser países desarrollados o subdesarrollados.

Conociendo las ambigüedades que su definición presenta, Escudé (2012, p. 15) decide, por contraposición, definir a aquellos países que podríamos considerar “centro” a partir de las siguientes características: a) miembros del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas; b) superpotencias económicas; y c) aquellos que poseen armas nucleares de manera legal mediante el Tratado de No Proliferación. Rusia, al igual que países como la India, podría ser considerada centro en el aspecto militar, y periférica en el económico. En el caso de los países periféricos, las opciones de política exterior se resumen a una discusión en materia de autonomía, contrapuestas con las discusiones de los países centrales acerca de la hegemonía. En este sentido, Míguez (2017) desarrolla a partir del concepto de “autonomía heterodoxa” de Juan Carlos Puig una idea complementaria con la mirada de Escudé, en la que la autonomía “es la máxima capacidad de decisión propia que se puede lograr teniendo en cuenta los condicionamientos objetivos del mundo real” (p. 211). Los países periféricos enfrentan lógicas jerárquicas en tanto son tomadores de reglas. Argentina, en su condición de país periférico, se encuentra en el juego de conservar y eventualmente incrementar su autonomía, expresada en términos de poder.

La segunda definición operacional se encuentra en que todos los países establecen su

acción en el plano internacional a partir de la concepción de “interés nacional”, definido de una forma lo suficientemente amplia de manera tal que cada administración pueda darle sentido a partir de aquello que considera las prioridades del país y de la administración. Una vez establecidos los intereses, suelen ser perdurables, pero transformados en puntos de agenda o en área de cuestión vemos que su perdurabilidad cobra el margen suficiente de flexibilidad para poder adaptarlos a las circunstancias contextuales. Art (1998-1999) los divide en dos grandes grupos: aquellos que son considerados “vitales” y los “deseables”. Los primeros están directamente vinculados con la seguridad del Estado y el bienestar de su sociedad. Los segundos hacen que vivamos en un mundo “mejor”, reflejando los valores que constituyen a una sociedad. La prioridad se encuentra en los vitales, ya que las consecuencias de no encargarse de ellos se traducen en costos para el país. Los costos de desatender los intereses vitales implican un arco de posibilidades que pueden ir desde severos hasta catastróficos, directos y de impacto inmediato, aunque existe la posibilidad de que algunos puedan ser de largo plazo, como la degradación de capacidades militares y su impacto en la seguridad del país.

Los costos involucrados por no cuidar los deseables son de una severidad menor en tanto suponen, en el caso de un actor periférico, acompañar políticas de orden mundial estructuradas con base en determinados valores que hacen al *statu quo* establecido por determinadas potencias. El beneficio de acompañar suele ser mayor que no hacerlo, no son descartables, pero suelen ser intercambiables en cuanto aparece una contraposición con los vitales. Los impactos suelen sentirse en el largo plazo, aunque no con la misma intensidad por distintos países.

Los intereses son el “ancla” del accionar del Estado en el plano externo. Traducidos a la agenda política, permiten ver el grado de proactividad en la acción de alcanzarlos, la búsqueda de aliados tanto circunstanciales como permanentes y explican tensiones y contrapuntos existentes en el plano internacional. También actúan como brújula e indicadores, ya que a medida que son traducidos en puntos de la agenda, se puede observar la efectividad en el cumplimiento de estos.

A principios de la administración de Alberto Fernández, se produjo un debate —en los círculos académicos, pero que alcanzó la esfera política— sobre cuál debería ser la estrategia de posicionamiento externo del país como política exterior y la definición de intereses. Ese debate partió de un acuerdo general tanto en el ámbito académico como en el político: un reconocimiento de que la política exterior de Argentina es la de un país periférico con una autonomía limitada producto de sus vulnerabilidades, las limitantes estructurales existentes y sus múltiples potencialidades. En el mejor de los casos, puede ayudar a mantener su posición estructural; en el peor, que los impactos negativos no la sumen en una crisis más profunda de la que se encuentra.

Ejemplos de ello se encuentran en las declaraciones públicas de la entonces presidenta Cristina Fernández de Kirchner, cuando señalaba (en los coletazos de la crisis financiera de 2008): “(...) no nos caímos nosotros, el que se cae es el mundo sobre nosotros (...)”

(CFK: “*No nos caímos del mundo...*”, 2012, s.p.), o del ministro de Economía Axel Kicillof, que declaró: “(...) para tranquilidad de todos los Argentinos es que hemos trabajado fuerte desde el 2008 para que la economía argentina no se vea afectada (...)” (*La economía argentina...*, 2015, párr. 2). Esta interpretación de cómo impactan los asuntos mundiales se encuentra en todo el arco político del país, como en la singular frase del entonces presidente Mauricio Macri: “(...) veníamos bien, pero de golpe pasaron cosas (...)” (eltrece, 2018), al hacer referencia a la coyuntura internacional que terminó desembocando en la crisis económica que sentenció al Gobierno de Cambiemos.

Finalmente, el ministro de Economía Martín Guzmán explicaba a la luz de sus desmanejos económicos que la Argentina registró “una fuerte recuperación económica”, aunque advirtió que el desafío más “complejo es el problema inflacionario”, que se ha intensificado con la guerra de Ucrania (*Martín Guzmán dijo que...*, 2022, párr. 1). Corolario: es el mundo el que limita al país, no las acciones que se llevan a cabo desde la administración. Esta mirada señala invariablemente que el país se encuentra “condenado al éxito”, en palabras del expresidente Eduardo Duhalde en el año 2002, pero el mundo no ayuda.

Un consenso menor existe en torno a la figura del país como “potencia media”. A pesar de ser parte del G-20, difícilmente pueda Argentina ser considerada como tal. No posee las condiciones materiales, su rol social internacional se encuentra disminuido y no se le podría conferir ese estatus siguiendo la línea argumental establecida por Barry Buzan (2004) de la interrelación de capacidades materiales y estatus social en la política internacional.

Asimismo, ya no se encuentra entre las principales economías del mundo. Su PBI está en la posición 31 del mundo, según el International Monetary Fund (2021), 30 en materia de población global, 45 en exportaciones y 54 en importaciones, además, 78 en PBI per cápita según el Observatorio de Complejidad Económica (OEC). En el plano militar, ocupa la posición 40 y sigue en descenso según el Military Strength Ranking de la Global Firepower (GFP). La posición material denota una condición de potencialidad de poder medio, pero no una realidad. Sí se encuentra en condiciones de explotar una condición de liderazgo periférico o situacional. El resto de las potencias no reaccionan como si estuvieran frente a una potencia con la envergadura de “media” en su acervo de intereses (Battaleme, 2022).

Potencia media para algunos. País medio para otros. No son lo mismo. Para la aquiescencia y el compromiso selectivo, la conceptualización pasa por país medio. Como veremos a continuación, para la equidistancia y la política de oposición pasa por la categoría potencia media.

La primera de ellas es una política exterior identificada con la “aquiescencia”, en tanto conformidad, aceptación y/o plegamiento. Esta es descrita en el trabajo de Russell y Tokatlián (2013) como el resultado de aceptar la condición subordinada del país a una esfera de influencia, la cual, por la posición geográfica, está vinculada a Estados Unidos, pero que actualmente bien puede ser extendida a China. Dicha condición se asimila para buscar espacios de cooperación subordinada asumiendo como propia —en el campo de la seguridad internacional— la agenda de la potencia central, lo que disminuye al mínimo

la posibilidad de confrontación. La aquiescencia es una política subordinada, por lo tanto, depende de una potencia hegemónica con una aspiración centrada en conservar el poder y en que no se reduzcan los márgenes de operacionalización de sus acciones, las cuales por definición son limitadas.

El plegamiento o acoplamiento es el rasgo definitorio de este tipo de política. La prioridad está puesta en la relación con el centro de poder. Independientemente del país que domine, la posición es clara: solo de manera articulada con la potencia central se puede lograr la consecución de los intereses nacionales. Esta línea de acción suele identificarse con componentes de la política exterior del ex canciller Guido Di Tella. Similar cuestionamiento se le realizó a la administración Macri, cuando promulgaba una política de “reinserción argentina con el mundo”, que se traducía en una cooperación con Occidente, como lo probó la cumbre del G-20 en Buenos Aires, sin dejar de explorar buenas relaciones con Rusia y China, pero la prioridad la tenía Estados Unidos. Un claro ejemplo de ello puede observarse en el caso de Venezuela y el polémico apoyo a Juan Guaidó como presidente de Venezuela en condiciones que bien pueden ser consideradas en detrimento de la estabilidad democrática. El apoyo a la “Venezuela de Guaidó” y la pertenencia al Grupo de Lima tenían un elemento transaccional con la administración de Donald Trump. Esto le permitió a la entonces oposición presentar la discusión como “golpismo por limones”, en referencia a la apertura de ese producto al mercado norteamericano. Esa discusión se extendió al plano de la seguridad internacional, cuando la oposición cuestionaba la Directiva de Planificación de Defensa Nacional (DPDN) promulgada por Macri, los convenios con la Guardia Nacional de Georgia y otro tipo de acuerdos bilaterales con Estados Unidos como una concesión a la política de seguridad hemisférica dictada por Washington mediante el Comando Sur, como formas de alineamiento y de alienación con el espacio regional (Tokatlián, 2017). Estos son algunos ejemplos de aquello que se conoce como “políticas de acomodamiento”, tal como lo señalan Jesse et al. (2012), que involucran distinto grado de alineamiento con la potencia central.

Un segundo grupo es aquel que hace referencia a la “equidistancia”. Este tiene el mérito de haber iniciado el debate y de tener el mayor número de defensores en torno a cuál debe ser la postura que debería asumir el país en materia de política exterior. El trabajo de Carlos Fortín et al. (2022) reúne a un grupo de destacados “equidistantistas” que presentan de manera coherente sus argumentos.²

Estos comparten una posición clara en su objetivo de base: evitar caer en la trampa que supone una versión 2.0 de la Guerra Fría del siglo XX (Battaleme, 2020). Reconocen el peso de la estructura internacional, pero buscan evitar los impactos más adversos de la competencia estratégica entre China y Estados Unidos.

Defienden el multilateralismo y la necesidad de diversificar las relaciones con otros po-

2 Cabe destacar que en un artículo reciente de Jorge Heine (2022) trata de separar el no alineamiento activo de la diplomacia de equidistancia, haciéndolo desde una crítica a la geometría variable, señalando que “a veces” es necesario elegir. De esta forma, realiza una reinterpretación de las ideas compartidas en su libro, acercándose al compromiso selectivo.

deres del sistema internacional y ajustan la conducta externa al peso de las reglas de derecho internacional. Su aporte es entender la equidistancia como una de geometría variable y sus mayores desacuerdos se encuentran en el tipo de geometría necesaria de cara a lidiar con potencias como China o Estados Unidos.

La equidistancia es presentada por Tokatlián (2021) como una posición no simétrica, en la que se asume la disparidad existente entre los núcleos de poder a los efectos de reforzar los componentes equidistantes de esta frente a uno u otro interlocutor. Esto supone algo similar al “ni contigo ni con el otro, tampoco en contra tuyo ni en contra del otro”. El objetivo es evitar caer en dinámicas de balance o de plegamiento, busca la “prudente distancia de la cercanía segura” (Tokatlián, 2021, p. 62).

Este grupo presenta variantes. Esteban Actis y Nicolás Creus (2021) abogan por una variante del no alineamiento activo, que le da nombre al trabajo. Su mirada no solo aspira a deflactar las tendencias negativas de la bipolaridad: mantener la equidistancia respecto a las potencias es parte del trabajo, pero la otra parte igual de importante resulta de abrir el arco de relaciones a actores del mundo postoccidental (Actis y Creus, 2021, p. 110), sin embargo, reconocen lo complejo de dicha tarea producto de un contexto —al cual bautizaron como “bipolarismo entrópico”— que no genera orden como consecuencia de la incertidumbre imperante (Actis y Creus, 2021, p. 101).

La equidistancia también divide a los autores acerca de la necesidad de presentar a los actores como “neutrales” frente a la competencia estructural. Esto se debe a la reminiscencia que la nueva competencia bipolar tiene en materia de tipo de régimen que es presentado como un enfrentamiento entre las democracias liberales occidentales versus los regímenes autocráticos, y aunque ambos comparten la vinculación a la estructura capitalista interdependiente, las condiciones de la transformación que enfrentamos hacen que sean vistos como adversarios en un sinfín de agendas, reduciéndose el margen de cooperación.

¿Se puede ser neutral frente a la agresión de Rusia a Ucrania? Para una parte de los equidistantistas, es mejor no tomar partido y dejar que la situación se resuelva a nivel estructural, ya que apoyar a alguna parte implicaría costos frente a la otra. La opción es dejar evolucionar situacionalmente al conflicto argumentando la distancia política del evento. De esta forma, se busca establecer una “distancia prudente y segura” que implique determinar qué hacer cuando los grandes poderes colisionan entre sí, especialmente cuando aparecen presiones de alguna de las partes o de ambas. En ciertos aspectos, la política involucra el alejamiento premeditado frente a la perspectiva que presenta asumir posiciones, pudiendo presentarlo como neutralidad.

No obstante, otro grupo argumenta que la equidistancia no significa ser neutrales en relación con el accionar de los grandes poderes, en especial cuando violan el derecho internacional. Ser equidistante puede implicar inclinarse por alguna de las partes de ser juzgado necesario en función del contexto, tal como señala Jorge Heine (2021) al presentar la versión troncal del no alineamiento activo.

Finalmente, Bernabe Malacalza, junto con Esteban Actis (Actis y Malacalza, 2021), rea-

lizan una segunda variación a la equidistancia, señalando —a partir de la experiencia en el sudeste asiático— que es una póliza de seguros que maximiza rentabilidad, proveyendo contingencia al riesgo y construyendo una relación sólida con ambos sin abandonar su postura autonómica. Variaciones en la intensidad de la distancia, pero considerando siempre las limitaciones estructurales. Malacalza observa la equidistancia en términos positivos e incluso como política proactiva, promoviendo un ejercicio de superación a los límites estructurales. Ambos elaboran la conceptualización de “autonomía líquida”, que es la idea de poder implementar políticas resistiendo presiones, siendo proactivos y planteando variaciones y flexibilidad ante los desafíos y oportunidades que presentan los escenarios de mundialización y Westfalia (Actis y Malacalza, 2021, p. 124).

Mariano Turzi (2020) realiza dos críticas a la equidistancia. La primera es la ausencia de un cálculo efectivo de la economía política internacional y las vinculaciones entre Argentina y esos países. Esa situación previene la equidistancia. La segunda crítica que realiza es como consecuencia del endurecimiento de la relación política entre ambos poderes. Aun cuando se quiera escapar de la lógica binaria de la bipolaridad, esta igualmente alcanza al equidistante, ya que eventualmente forzará a optar o, en su defecto, sentir las consecuencias.

Un tercer grupo propone desarrollar una suerte de política de resistencia o “balance blando”, como lo señala Robert Pape (2005), o en sus versiones de balance “semiduro” u “opaco”, en palabras de Christopher Layne (2006).

Se presentan como constructores de autonomía, pero siguiendo los lineamientos de la autonomía secesionista (Míguez, 2017), la cual es activa en el entorpecimiento de las acciones de la potencia hegemónica y busca formar alianzas con actores disruptivos o parias en materia del orden internacional vigente. Esa política tiene consecuencias directas sobre la población, principalmente en su aislamiento con las potencias más ricas del planeta. Para este grupo, el problema se encuentra en la condición hegemónica regional de Estados Unidos en particular y de Occidente en general y en la aquiescencia de las élites latinoamericanas. La autonomía no es solo de un país, más bien se centra en América Latina y en alguna idea del llamado “sur global” (Morgenfeld, 2016), incluso algunos llaman a una “insubordinación fundante” (Gullo, 2008) que permita romper los lazos de dependencia.

Nacionalistas de amplio espectro, asocian liberalismo a pobreza y alianza con los países del tercer mundo a liberación. Críticos acérrimos de Gran Bretaña y de Estados Unidos, ven el fracaso del proyecto latinoamericano en la alianza espuria entre las élites locales y las de los países centrales. Contradicciones aparte, no cuestionan a quienes desafían el orden liberal occidental, de hecho, lo ven como algo susceptible a ser emulado; impulsan una relación cercana con China y Rusia en tanto tienen la capacidad de contrabalancear el poder norteamericano en la región. Asimismo, ven en los BRICS un medio de coordinación global, al igual que una fuente de resistencia a la conducta que consideran agresiva y unilateral de Estados Unidos como potencia hemisférica. Apelan al balance externo basado en alianzas, que permita obstaculizar determinadas conductas que lleva a cabo la potencia hegemónica. Una acción de balance directo es considerada costosa y riesgosa, a menos que todos tengan

la certeza de que actúan de manera coordinada. Sin embargo, en una estructura de incentivos desigual, esto es difícil de alcanzar. Celebran declaraciones, como la que brindó el presidente Alberto Fernández en Rusia cuando señaló: “Estoy empecinado en que la Argentina tiene que dejar de tener esa dependencia tan grande que tiene con el Fondo [Monetario Internacional] y Estados Unidos, tiene que abrirse camino hacia otros lados y ahí Rusia tiene un lugar muy importante” (Bimbi, 2022, párr. 2), para luego proponer “que Argentina tiene que ser la puerta de entrada para que Rusia ingrese a América Latina” (párr. 5).

Como contrapartida a las opciones presentadas, el compromiso selectivo propone una política activa y reactiva cuando sea necesario. Busca oportunidades incluso en una coyuntura adversa, apoyándose en las capacidades existentes en el campo económico propio y siendo conservadores en el de la seguridad internacional, en especial con el entrecruzamiento de intereses de los grandes poderes en la región de pertenencia.

3. El compromiso selectivo como opción de la política exterior argentina

Originariamente, el compromiso selectivo es presentado como la manera más precisa de ordenar el sistema internacional para Estados Unidos frente a otras alternativas que consumirían demasiados recursos y planteaban intereses nacionales laxos o suponían abandonar compromisos previos. Bien podría argumentarse que esta solo sirve como opción para la ejecución de una política hegemónica, sin embargo, la clave inicial de su argumentación es útil para un país periférico: la necesidad de cierta “humildad” en función de las capacidades disponibles y la elección de los medios apropiados. Dicha humildad se traduce en evitar los problemas de sobreactuación o desatención que aquejan a todos los países por igual. Además, construye acción a partir de una serie de indicadores que refuerzan la relación costo-beneficio de la acción, a saber: el establecimiento de las metas básicas, la acción selectiva temprana, la primacía de la relación interestatal y las consideraciones sobre el uso de la fuerza. Estas premisas obligan a establecer cierta claridad en el accionar y en los objetivos, como también en los intereses nacionales como eje de la acción política para establecer una política que limite al máximo la ambigüedad y envíe señales claras a socios, aliados y detractores.

Si miramos las metas básicas, estas deben ser trasladadas a la agenda en la forma más estrecha posible, limitando los espacios de confrontación de forma tal de poder ejercer una economía en los medios que se necesitan para la concreción de estos. Una buena política de compromiso selectivo es aquella que establece objetivos limitados y escalonales. Cabe destacar que esa “economía de esfuerzo” no significa una política gris o mediocre.

Si bien existen puntos de contacto con la equidistancia y la autonomía heterodoxa, la diferencia se va a encontrar en un punto concreto: el compromiso selectivo obliga a desambiguar las opciones, dejándole en claro a cada actor la agenda de convergencia y las divergencias. Su trabajo emerge a partir del establecimiento de la agenda y de la vinculación de cuestiones, identifica a actores e intereses y combinaciones de opciones posibles. Traslada

el peso de la carga de la interacción en el país periférico y su capacidad de anticipación burocrática en la construcción de la agenda de interacción.

La acción selectiva implica “seleccionar” opciones a partir de aquello que tenemos para ofrecer al mundo, buscando la apertura a terceros Estados, potencias medias o redes que permitan maniobrar una situación de bipolarismo conflictivo. Ataca de lleno la situación de bipolaridad marcándole a cada contraparte las agendas comunes, los límites y los márgenes de maniobra. En esencia, hay que elegir qué discusiones dar y comunicarlo de forma clara, sin cerrar la opción de avanzar en otras cuestiones igual de importantes, aunque no urgentes o coyunturales. Las discusiones que inevitablemente planteen las potencias estarán acotadas, serán duras, pero tendrán la ventaja de no moverse en los problemas de la ambigüedad.

Bien podría decirse que la lógica supone hacer negocios con todos, pero en el campo de la seguridad la prioridad se centra en Estados Unidos y Occidente, en particular en el hemisferio occidental. En materia de valores, se encuentra cercana con las democracias liberales; no obstante, el objetivo es fortalecerlos al interior más que condenar a actores externos a pesar de lo que demande la potencia hemisférica.

Esto implica un equilibrio entre hacer “demasiado” o hacer demasiado poco, ya que el punto de partida está relacionado con la dinámica interna y cómo esta afecta a la internacional. La equidistancia es acerca de encontrar una posición “cómoda”, mientras que el compromiso selectivo es encontrar la acción adecuada.

El punto de partida es establecer qué le conviene al país, planteando cierto grado de “egoísmo” en el accionar, pero comunicándole claramente a la contraparte las razones de las decisiones.

¿Qué pasa cuando seguridad y negocios se contraponen, como sucede en el campo digital? El compromiso selectivo es claro: segmentar sin excluir y articular espacios, lo cual demandará un grado de sofisticación en todo el proceso de negociación. Seguridad prioriza, pero no anula posibilidades.

En materia de acción temprana, la anticipación a eventos que pueden ser considerados en detrimento de los intereses vitales es clave, ya que permite desplegar acciones precautorias antes que tratar de corregir los llamados “hechos consumados”. La diplomacia preventiva se vuelve clave. La relación de Argentina con temas como la pesca en el Atlántico sur, la Antártida, el litio o una guerra en el Pacífico pueden afectar severamente al país, por lo tanto, la construcción de escenarios y cursos de acción posibles son mandatorios.

Con respecto a la primacía de la relación interestatal, implica aceptar que, aun en un mundo interdependiente, hay períodos en los que la globalización queda presa de la competencia geopolítica. Si bien vivimos en un mundo de descentralización del poder, la guerra entre Ucrania y Rusia demuestra que: a) puede volver a centralizarse; b) los actores no estatales alinean sus intereses en tanto les convenga o no dispongan de recursos suficientes como para actuar de manera contraria a aquello que comanda el Estado; y c) la existencia de redes horizontales y verticales obliga al Estado a coordinar múltiples entidades e intereses, como también regular relaciones. El compromiso selectivo obliga al Estado periférico a ver

las redes de contactos e intereses de las contrapartes para hacer avanzar el interés nacional entendiendo las barreras potenciales a su implementación.

En cuanto al uso de la fuerza, reconoce la condición defensiva del país, sosteniendo una posición estratégica clara en relación con la potencia hemisférica sin comprometer sus intereses de seguridad, aunque manteniendo una posición clara respecto al avance unilateral sobre sus intereses, en especial cuando existe una situación territorial irresuelta en el Atlántico sur que, como sistema integrado, tiene tres componentes: uno unilateral, que es el control del océano Atlántico, uno bilateral, que se relaciona con la situación de ocupación de las Islas Malvinas, Georgias y Sándwich del Sur —donde inevitablemente hay que trabajar con el Reino Unido de Gran Bretaña—, y una situación multilateral que se relaciona con el futuro de la Antártida y el *statu quo* territorial que devenga en los próximos años.

Felipe de la Balze (2019) es quien inicia esta mirada sobre la política exterior, ya que fue el primero en establecer los contornos del compromiso selectivo. En el plano de la seguridad, señala que no hay margen para realizar acciones que comprometan la seguridad hemisférica ni tampoco espacio para incorporar capacidades militares o realizar acciones que sean percibidas como desafíos a las pautas del orden de seguridad hemisféricas establecidas por Estados Unidos.

De esta manera, marca una diferencia concreta con el realismo periférico de Carlos Escudé (2011), que proponía, entre otras cosas, un intercambio de negocios que seguía la lógica de “comprarle a quien nos compra”, buscando equipamiento militar secundario en China, en tanto este no alterara el balance de poder regional y que esta situación pudiera ser tolerada por Estados Unidos con las posiciones revisionistas.

Diferente es el plano económico, en el cual ambas naciones, aun cuando se encuentren en un proceso de desacoplamiento en áreas relacionadas como la tecnología digital, están profundamente integradas en la economía mundial, y si bien se crearán zonas de influencias, se mantendrán numerosos entrecruzamientos entre ambos países (De la Balze, 2019, p. 194).

El proceso de complementariedad económica hace que maximicemos nuestra condición de socios comerciales y que la revolución tecnológica de China permita anclar un desarrollo en condiciones que sean beneficiosas para ambos países. Integrar la Iniciativa de la Franja y la Ruta (BRI) no es contraria a la seguridad de Estados Unidos y presenta beneficios concretos para Argentina. Pero hay que tener algún cuidado con algunas infraestructuras, en particular por ubicación o sensibilidad en el campo de la seguridad internacional. En todo caso, esta acción demanda una mesa integrada para entender los márgenes disponibles en una secuencia estructural de “doble periferia”, como es la que enfrenta en la actualidad, situación que podría definirse como el problema que afrontan los países periféricos cuando encuentran una situación geográfica en la que el ascenso de una potencia se cruza con la declinación de otra (Battaleme, 2016).

Como estrategia de política exterior, el compromiso selectivo presenta varias ventajas: 1) reconoce las áreas de compatibilidad y aquellas en las que existirá oposición a uno u otro actor. Por lo tanto, las preferencias, necesidades y señales deben ser consistentes. La credi-

bilidad de los compromisos asumidos será la moneda de cambio. La economía argentina posiblemente tenga un rostro más oriental, pero no en detrimento de Occidente, lo cual no debería traducirse a sus discusiones de seguridad internacional; 2) traza líneas claras de convergencia y divergencias en base a sus intereses; 3) explicita los intereses vitales y los deseables. Los primeros son: abrir mercados para las exportaciones, fortalecer la conectividad con el mundo, modernizar la economía del país a los requerimientos de la cuarta revolución industrial; 4) en materia de defensa, demanda una política realista en materia del Atlántico sur, en tanto reconoce que el avance unilateral británico —producto de políticas contradictorias e ineficientes— obliga a realizar un esquema de vinculación de cuestiones lo más amplio posible en un contexto de debilidad. De no tener presente esta premisa, los intereses del país en la Antártida como espacio vital se verán severamente afectados en los próximos años. Si se opta por confrontar, será mejor equiparse adecuadamente, ya que no hay nada más vano que una amenaza fútil, aunque ello pueda generar trastornos con otras agendas. En este sentido, se trata de mirar la política bilateral con Gran Bretaña prescindiendo de las pasiones domésticas; 5) organiza el esquema de defensa con base en dos escalones: uno cooperativo multilateral con los actores vecinos presentes en la región y otro componente unilateral que permite pensar la ejecución de opciones de denegación de área, dándole un sentido funcional a la política de defensa; 6) permite poner en pie de igualdad la dimensión económica de la política internacional con la defensa, ya que la base del éxito del compromiso selectivo es la coordinación e interacción inteligente en la articulación de intereses de las agencias que conforman el Estado, la dinámica estructural y la comunicación de las acciones tanto en el ámbito exterior como en el doméstico, en el que las resistencias a determinadas acciones suelen ser inmediatas. El compromiso selectivo ataca los problemas de la situación estructural teniendo presente la coyuntura internacional y la posición relativa de la Argentina.

4. Reflexiones finales: ¿atrapados?, sí. ¿Con salida?

Es inevitable que las condiciones estructurales terminen por atrapar a los países medianos. Eso no significa que no existan márgenes de maniobra para implementar los intereses nacionales. Estos son construidos cuando se establecen con claridad y egoístamente cuáles de las opciones existentes son mejores para el mayor número de conciudadanos. El éxito depende de varias cuestiones, pero el fracaso está relacionado con la capacidad de gerenciamiento del país; evidentemente, la calidad del Gobierno importa, según manifiesta Hans Morghentau (1986).

El canciller argentino, Santiago Cafiero, hizo exactamente lo opuesto a lo que declaró con su accionar de ideologizar la política exterior de la administración Fernández. Rechazó la invitación a que Argentina se sumara al proceso de incorporación a la Organizaciones para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) y se abrazó a la posibilidad de ingresar al BRICS junto con Irán bajo los auspicios de China. Además, se suceden cues-

tiones vinculadas con el narcotráfico y el terrorismo internacional que no quedan debidamente aclaradas. Además, el embajador de Argentina en China, Sabino Vaca Narvaja, avala posiciones controversiales sobre derechos humanos en la región de Xinjiang y fomenta la compra de aviones de combate producidos de manera conjunta entre China y Pakistán. Entrar a la OCDE y formar parte de los BRICS no son opciones mutuamente excluyentes; el compromiso selectivo puede sostener ambas decisiones.

En simultáneo, le ofreció recursos existentes a una Europa en guerra, pero por la naturaleza de estos y el grado de inversión que se necesita no se encuentran disponibles en condiciones de resolver los problemas de manera inmediata, quedando en meras declaraciones de intención frente al descrédito de quienes podrían ser socios de oportunidad únicos.

Mientras tanto, los viajes que se realizan por el mundo apuntan a pedir recursos e inversiones, “ayuda” si se quiere. En las expresiones coloquiales, hay una que aplica muy bien a la presente política exterior: vivir del “mangazo”, que es pedirles prestado a todos los que lo rodean e ir llevando una situación que, a la larga, se vuelve insostenible. La conducta externa de la actual administración forma aquello que podríamos llamar los “mangalorianos”, quienes accionan con un solo objetivo: tapar huecos económicos creando otros.

La aquiescencia y la oposición conducen inevitablemente a la pérdida de poder, debido a las consecuencias que tiene para un país multidimensional —con una pluralidad de agenda— elegir las opciones mayoritariamente cerradas. Estas benefician a pocos en la sociedad.

La equidistancia sirve para conservar el poder, pero corre el riesgo de tener que enfrentar un efecto estructural básico: en bipolaridad no hay posición cómoda ni distancia segura, en especial una vez que las potencias consolidan su posición. La ambigüedad paga solo en contextos multipolares. Forzados a tener que optar, la equidistancia se desarma. Si se decide permanecer en una situación ambigua, la resultante es peor. Asimismo, no se es confiable para ninguna potencia y ambas pueden lesionar activamente los intereses del país.

El compromiso selectivo reconoce que no hay posición cómoda, pero sí acciones adecuadas a pesar de los costos que ello puede implicar, porque aquello que determina la acción es la agenda y, para eso, hay que ser proactivo y aceptar que se deberá optar, explicando y dando las discusiones domésticas adecuadas.

El compromiso selectivo académicamente sintetiza el pensamiento de dos grandes científicos sociales de la Argentina: Juan Carlos Puig y su autonomía heterodoxa y el núcleo de Carlos Escudé en su realismo periférico.

Se pueden identificar dos ejemplos de la operacionalización de esta opción de política exterior. El primero es la preeminencia en el campo del 5G por parte de China en materia de equipamiento y costos que pondrá a disposición de los países en desarrollo, lo que la hace un socio de oportunidad único. Esta infraestructura es clave para el próximo salto en el campo digital relacionado con el “internet de las cosas” (IoT). China tiene las capacidades y los recursos necesarios para brindar condiciones ventajosas en esta nueva etapa de conectividad. La iniciativa de la Franja y al Ruta (BRI) tiene un componente digital atractivo para los países que necesitan ampliar su infraestructura tecnológica. En este aspecto, y aun

cuando hay preocupaciones por la seguridad, no se puede excluir a China como socio más conveniente. La diplomacia deberá dar cuenta de las preocupaciones de seguridad y brindar reaseguros a los países que manifiestan dudas y alzan cuestionamientos realizando acuerdos separados y específicos. Esto supone hacer exactamente lo inverso a aquello que se hizo con la situación de la estación espacial que posee China y que es de notoria capacidad dual. Frente a las preocupaciones públicas por parte de Estados Unidos, la única contrapartida que se expone es la de señalar su uso pacífico, asumir la poca capacidad de verificación propia y señalar que existe una estación igual europea en Mendoza. Los acuerdos no se hicieron de manera transparente y Argentina no puede modificar sus términos en los próximos años. Esa acción ha llevado a un aumento de la presión —por ahora— diplomática del Pentágono y del Departamento de Estado norteamericano.

Otro ejemplo en el que el compromiso selectivo puede hacer la diferencia es en el acompañamiento en el campo de la seguridad internacional a las iniciativas de no proliferación, y en particular a aquellas que limiten el desarrollo de determinados vectores y que controlen ciertas tecnologías de uso dual que se están expandiendo por todo el mundo, como es la vinculada a la tecnología de vehículos autónomos. Está claro que Occidente en este campo busca mantener un *statu quo* favorable a su posición preexistente. Este no es un campo en el cual a la Argentina le convenga terciar por aquellos que son revisionistas, pero tampoco puede mantenerse equidistante de la discusión. El haber apoyado la arquitectura de no proliferación tuvo excelente dividendo para la política de defensa y exterior de la Argentina, en especial en el Organismo Internacional de Energía Atómica (OIEA) y en el Grupo de Proveedores Nucleares (NSG).

La guerra en Ucrania es otro claro ejemplo de cómo este tipo de política puede funcionar. La administración Fernández fue dubitativa en sus declaraciones públicas al inicio del conflicto, sin embargo, a medida que surgieron discusiones en el seno de las Naciones Unidas y en otros ámbitos, el apoyo político diplomático fue claro hacia las naciones occidentales, como fue la condena en la Asamblea General y la expulsión de Rusia del comité de Derechos Humanos de la Organización de Naciones Unidas. En la Organización de Estados Americanos se optó por una abstención de remover a Rusia como miembro observador de dicha organización con un argumento razonable: no era competencia de esa organización tratar esa cuestión, por lo tanto, el gesto era irrelevante. Argentina nunca se plegó a las sanciones económicas, en parte por ser una cuestión marginal en la relación bilateral, en parte porque este “uso militarizado de la interdependencia” tiene consecuencias especialmente complejas para países vulnerables como Argentina. Si estuviera en condiciones de exportar más alimentos y ofrecer energía de manera efectiva, su apoyo o no a las sanciones habría sido irrelevante, ya que estaría ayudando a una Europa que necesita diversificar sus proveedores.

De todas las posturas presentadas, el compromiso selectivo —como parte del debate— se aleja de la postura de la geometría variable y de la idea de no alineamiento, porque reconoce las limitaciones estructurales existentes al momento de tomar decisiones que implican

opciones que pueden resultar contraproducentes en la discusión interna, aceptando que el parámetro tradicional que reconoce que en ciertas ocasiones el liderazgo político toma decisiones a pesar de la dinámica interna sigue siendo válido.

Asimismo, no convalida las posiciones extremas, ya que el alineamiento irrestricto y la resistencia en sí mismo conllevan potenciales pérdidas de oportunidades y no toman en cuenta las limitaciones ni las oportunidades que la estructura internacional presenta. El alineamiento es contraproducente como consecuencia de ser una política reactiva que cuenta con la expectativa de buena voluntad, sobreestimando a quien lidera. La oposición se basa en la voluntad y en la espera de que esa resistencia lleve a un cambio en la distribución del poder, sobreestimando la capacidad propia de transformación. En todo caso, el voluntarismo de una política exterior de oposición resulta más controversial que aquel vinculado a la aquiescencia.

El compromiso selectivo es un centro real y posible, y sobre todo deja en claro qué tiene Argentina para ofrecerle al mundo, qué compromisos asumirá para ser un país más desarrollado y, eventualmente, tener un mundo mejor.

Bibliografía

- Actis, E. y Creus, N. (2021). La competencia EE.UU.-China y su impacto en América Latina en el mundo post pandemia. En Fortín, C., Heine, J. y Ominami, C. (Eds.), *El no alineamiento Activo y América Latina: una doctrina para un nuevo siglo* (pp. 100-114). Catalonia Libros.
- Actis, E. y Malacalza, B. (2021). Las políticas exteriores de América Latina en tiempos de autonomía líquida. *Revista Nueva Sociedad*, 291(1), 114-126. https://static.nuso.org/media/articles/downloads/5.TC_Actis_Malacalza_291.pdf.
- Art, R. J. (1998-1999). Geopolitics Updated: The Strategy of Selective Engagement. *International Security*, 23(3), 79-113.
- Battaleme, J. (2016). Realismo periférico y doble periferias: la política de seguridad de Chile y Argentina frente al ascenso de Brasil y la preponderancia norteamericana. *Postdata*, 21(1), 11-42.
- Battaleme, J. (16 de abril de 2020). Los Grandes Poderes y la Pandemia. *Clarín*. https://www.clarin.com/opinion/grandes-poderes-pandemia_0_YpQQjRsis.amp.html.
- Battaleme, J. (7 de septiembre de 2020). Argentina en la Guerra Fría 2.0: ¿Cual es hoy nuestro verdadero interés estratégico? *El Cronista*. <https://www.cronista.com/cronista-global/Argentina-en-la-Guerra-Fria-2-0-cual-es-hoy-nuestro-verdadero-interes-estrategico-20200907-0035.html>.
- Battaleme, J. (22 de mayo de 2021). Las opciones de política exterior: ¿equidistantes o atrapados sin salida? *Clarín*. https://www.clarin.com/opinion/opciones-politica-exterior-equidistantes-atrapados-salida_0_XDOUI1HZJ.html.
- Battaleme, J. (26 de junio de 2021). El “compromiso selectivo” como espacio de acción en política exterior. *Clarín*. https://www.clarin.com/opinion/compromiso-selectivo-espacio-accion-politica-exterior_0_FY8zl-9Zyr.html.
- Battaleme, J. (2022). Emerging Middle Powers vs. Peripheral Leadership: Argentina and the Malvinas (Falklands) Islands under the Kirchner Administration (2010-2015). En Delgado Caicedo, J. (Ed.), *Han-*

- dbook of Regional Conflict Resolution Initiatives in the Global South* (pp. 301-318). Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781003287018>.
- Battaleme, J. (5 de febrero de 2022). El compromiso selectivo como alternativa a una política exterior contradictoria. *Abro Hilo*. <https://abrohilo.org/el-compromiso-selectivo-como-alternativa-a-una-politica-exterior-contradictoria/>.
- Bimbi, B. (3 de febrero de 2022). Argentina tiene que ser la puerta de entrada para que Rusia ingrese a América Latina. *Télam Digital*. <https://www.telam.com.ar/notas/202202/582589-argentina-tiene-que-ser-la-puerta-de-entrada-para-que-rusia-ingrese-en-america-latina.html>.
- Bremmer, I. (2021). The Technopolar Moment: How Digital Powers Will Reshape the Global Order. *Foreign Affairs*, 100(6), 112-128.
- Buzan, B. (2004). *The United States and the Great Powers: World Politics in the Twenty First Century*. Polity Press.
- CFK: “No nos caímos del mundo, el que se cae es el mundo sobre nosotros”. (10 de mayo de 2012). Página 12. <https://www.pagina12.com.ar/diario/ultimas/20-193733-2012-05-10.html>.
- De la Balze, F. (2019). La lucha por la hegemonía Mundial (Estados Unidos, China y Argentina): Especial 100 años de relaciones internacionales. *Estudios Internacionales*, 51(194), 195-209. <https://doi.org/10.5354/0719-3769.2019.55738>.
- eltrece. (17 de junio de 2018). *Jorge Lanata mano a mano con Mauricio Macri - Entrevista completa 17/06/2018* [Archivo de Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=3HXXL0SXd84>.
- Escudé, C. (2011). *China y la Inserción Internacional de Argentina* (Documento de Trabajo UCEMA. Nro. 462). Universidad del CEMA. <https://ucema.edu.ar/publicaciones/download/documentos/462.pdf>.
- Escudé, C. (2012). *Principios del Realismo Periférico: una teoría argentina frente al ascenso de China*. Editorial Lumiere.
- Fontevicchia, J. (25 de diciembre de 2021). Santiago Cafiero: “El peronismo necesita un liderazgo consensual como el de Alberto Fernández”. *Perfil*. <https://www.perfil.com/noticias/periodismopuro/santiago-cafiero-el-peronismo-necesita-un-liderazgo-consensual-como-el-de-alberto-fernandez-por-jorge-fontevicchia.phtml>.
- Fortín, C., Heine, J. y Ominami, C. (2020). Latinoamérica: no alineamiento y la segunda. *Foreign Affairs Latinoamérica*, 20(3), 107-115.
- Fortín, C., Heine, J. y Ominami, C. (Eds.). (2021). *El no alineamiento activo y América Latina: una doctrina para un nuevo siglo*. Catalonia Libros.
- Fukuyama, F. (septiembre/octubre de 2018). Against Identity Politics: The New Tribalism and the Crisis of Democracy. *Foreign Affairs*, 1-7. <https://www.foreignaffairs.com/articles/americas/2018-08-14/against-identity-politics-tribalism-francis-fukuyama>.
- Fundación Libertad y Progreso. (2021). *El conflicto de China vs. USA: Opciones para Argentina* | Felipe De La Balze [Archivo de Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=Mbqekih2no>.
- Gullo, M. (2008). *La insubordinación fundante: breve historia de la construcción del poder de las Naciones*. Editorial Biblos.
- Heine, J. (14 de agosto de 2022). Un no alineamiento activo. *Clarín*. https://www.clarin.com/opinion/alineamiento-activo_0_XKHw61X7nK.html.
- International Monetary Fund. (2021). *World Economic Outlook*. <https://www.imf.org/en/Publications/WEO/Issues/2021/10/12/world-economic-outlook-october-2021>.
- Jesse, N. G., Lobell, S. E., Press-Barnathan, G. y William, K. P. (2012). *Beyond Great Powers and Hegemons: Why Secondary States Support, Follow, or Challenge*. Stanford University Press.
- La economía argentina es resistente a las crisis internacionales*. (22 de abril de 2015). Política y Medios. <https://politicaymedios.com.ar/nota/7663/la-economia-argentina-es-resistente-a-las-crisis-internacionales-afirmo-kicillof/>.
- Layne, C. (2006). *The Peace of Illusions: American Grand Strategy from 1940 to the Present*. Cornell University Press.
- Malacalza, B. (31 de mayo de 2021). El camino a la equidistancia: aprendizajes del Sudeste asiático. *Clarín*. https://www.clarin.com/opinion/camino-equidistancia-aprendizajes-sudeste-asiatico_0_C1LZdNCS9.html.

- Martín Guzmán dijo que el “problema inflacionario” se incrementó con la guerra entre Rusia y Ucrania. (20 de abril de 2022). El Economista. <https://eleconomista.com.ar/economia/martin-guzman-dijo-problema-inflacionario-incremento-guerra-rusia-ucrania-n52501>.
- Míguez, M. C. (2017). La autonomía heterodoxa y la clasificación de las políticas exteriores de la Argentina. *Revista de Relaciones Internacionales, Estrategia y Seguridad*, 12(2). http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1909-30632017000200010.
- Morgenfeld, L. (25 de marzo de 2016). El amigo americano. *Revista Anfibia*. <https://www.revistaanfibia.com/el-amigo-americano/>.
- Morghentau, H. (1986). *Política entre las naciones: la lucha por el poder y la paz*. Grupo Editor Latinoamericano.
- Pape, R. A. (2005). Soft Balancing Against the United States. *International Security*, 30(1), 7-45.
- Posen, B. R. (2020). Do Pandemics Promote Peace: Why Sickness Slows the March To War? *Foreign Affairs*, 1-4. <https://www.foreignaffairs.com/articles/china/2020-04-23/do-pandemics-promote-peace>.
- Russell, R. y Tokatlián, J. G. (2010). *Autonomía y neutralidad en la globalización: una readaptación contemporánea*. Capital Intelectual.
- Russell, R. y Tokatlián, J. G. (2013). América Latina y su gran estrategia: entre la aquiescencia y la autonomía. *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, 104(1), 157-180.
- Russell Mead, W. (2014). The Return of Geopolitics: The Revenge of Revisionist Powers. *Foreign Affairs*, 93(3), 69-79.
- Schweller, R. (2014). The Age of Entropy: Why the New World Order won't be Orderly. *Foreign Affairs*, 1-5. <https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2014-06-16/age-entropy>.
- Slaughter, A. M. (2016). How to succeed in the networked world: a grand strategy for the digital age. *Foreign Affairs*, 95(6), 76-89.
- Tokatlián, J. G. (10 de enero de 2017). Argentina y la Guardia Nacional de Georgia. *Clarín*. https://www.clarin.com/opinion/argentina-guardia-nacional-georgia_0_B1lNI1kUg.html.
- Tokatlián, J. G. (2021). Estados Unidos y América Latina: Por una diplomacia de equidistancia. En Fortín, C., Heine, J. y Ominami, C. (Eds.), *El no alineamiento Activo y América Latina: Una doctrina para un nuevo siglo* (pp. 61-82). Catalonia Libros.
- Turzi, M. (13 de julio de 2021). La Argentina en el Mundo que viene. *Embajada Abierta*. <https://www.embajadaabierta.org/post/argentina-en-el-mundo-que-viene-por-mariano-turzi>.
- Zakaria, F. (2008). The Future of American Power: How American survive the rise of the Rest. *Foreign Affairs*, 87(3), 18-43.